

díamos mirarnos sin sonrojarnos, con una turbia interrogación en los ojos.

El fin del relato mostrará que esta interrogación no permanecería sin respuesta, y que la respuesta estaba a la medida del vacío abierto en nosotros por nuestros pasatiempos con los huevos.

Marcelle

Simone y yo evitábamos toda alusión a nuestras obsesiones. La palabra huevo fue borrada de nuestro vocabulario. Tampoco hablábamos del placer que nos producíamos el uno al otro. Menos aún de lo que Marcelle representaba a nuestros ojos. Mientras duró la enfermedad de Simone, permanecemos en aquel cuarto, esperando el día en que podríamos volver a ver a Marcelle, con los mismos nervios que, en la escuela, precedían nuestra salida de clase. Sin embargo, a veces imaginábamos vagamente aquel día. Preparé un cordel, una soga con nudos, y una sierra para metales que Simone examinó con cuidado. Recuperé las bicicletas abandonadas en una maleza, las engrasé cuidadosamente y fijé a la mía un par de estribos, pensando llevar detrás de mí a una de las jóvenes. Nada sería más fácil, al menos durante un tiempo, que hacer vivir a Marcelle en el cuarto de Simone, como yo.

Transcurrieron seis semanas antes de que Simone pudiera seguirme a la casa de reposo.

Partimos por la noche. Yo seguía sin aparecer jamás durante el día, y teníamos todos los motivos para no llamar la atención. Estaba impaciente por llegar al lugar que, de un modo confuso, consideraba como un castillo encantado, pues las palabras «casa de reposo» y «castillo» estaban asociadas en mi memoria al recuerdo de la sábana fantasma y de aquella residencia silenciosa, poblada de locos. Aunque resulte sorprendente, me parecía volver a *mi casa*, mientras que, en cualquier otra parte, me encontraba a disgusto.

Lo confirmó, en efecto, mi impresión cuando salté el muro, y el edificio apareció ante nosotros. Sólo la ventana de Marcelle estaba iluminada, abierta de par en par. Los guijarros de la alameda, lanzados al cuarto, llamaron la atención de la joven; nos reconoció y obedeció a la indicación que le hacíamos con un dedo sobre la boca. Le enseñamos en seguida la sogá con nudos con el fin de manifestarle nuestras intenciones. Lancé el cordel lastrado con un plomo. Ella me lo devolvió tras pasarlo por detrás de un barrote. No hubo dificultades; la cuerda fue izada, atada, y me encaramé hasta la ventana.

Marcelle retrocedió al principio cuando quise besarla. Se contentó con mirarme muy atenta mientras limaba un barrote. Le pedí suavemente que se vistiera para seguirnos; llevaba un

albornoz de baño. Volviéndome la espalda, se puso medias de seda y las sujetó a un ligüero hecho de tiras encarnadas, poniendo en evidencia un trasero de una pureza y una delicadeza de piel sorprendentes. Seguí limando, cubierto de sudor. Marcelle recubrió con una camisa sus riñones lisos, cuyas largas líneas terminaban agresivamente en el culo, que un pie sobre la silla hacía destacar. No se puso bragas. Se puso una falda de lana gris tableada y un jersey de pequeños cuadros negros, blancos y rojos. Así vestida y calzada con sandalias sin tacón, volvió a sentarse a mi lado. Con una mano podía acariciar su hermoso pelo liso, tan rubio que parecía pálido. Ella me miraba con afecto y parecía emocionada por mi mudo júbilo.

—¿Vamos a casarnos, no es así? —dijo ella al fin—. Esto es malo, se sufre...

En aquel momento, no hubiera podido albergar siquiera un instante la idea de no dedicar el resto de mis días a aquella aparición irreal. Besé largamente su frente y sus ojos. Al deslizarse por casualidad una de sus manos por mi pierna, me miró con grandes ojos, pero, antes de retirarla me acarició con un gesto de ausente a través de la tela.

El inmundo barrote cedió tras un largo esfuerzo. Lo aparté con todas mis fuerzas, abriendo el espacio necesario para pasar. Y, en efecto, ella pasó; la ayudé a bajar deslizándola una mano

entre sus piernas. Ella se apelonó en mis brazos una vez en el suelo y me besó en la boca. A nuestros pies, con los ojos brillantes de lágrimas, Simone se abrazó a sus piernas, besando sus muslos sobre los que, en un principio, se había limitado a apoyar la mejilla, pero, incapaz de contener un estremecimiento de placer, abrió el cuerpo y, pegando sus labios a la vulva, la besó ávidamente.

Simone y yo nos dimos cuenta de que Marcelle no entendía qué ocurría. Sonreía, imaginando la sorpresa del director del «castillo encantado» cuando la viera junto a su marido. Tenía poca conciencia de la existencia de Simone, a quien, riendo, tomaba a veces por un lobo debido a su cabellera negra, a su mutismo y por haber encontrado la cabeza de mi amiga recostada como la de un perro a lo largo de su pierna. Con todo, cuando yo le hablaba del «castillo encantado», no ponía en duda de que se trataba de la casa donde ella vivía encerrada, y, tan pronto como pensaba en ella, el terror la alejaba de mí como si de la oscuridad hubiera surgido algún fantasma. Yo la miraba con inquietud, y, como desde aquella época, tenía un rostro duro, yo mismo la asusté. Me pidió casi en el mismo instante que la protegiera *cuando volviese el Cardenal*.

Estábamos tumbados bajo el claro de luna a la orilla de un bosque, deseosos de descansar

un instante a mitad de camino; queríamos sobre todo, contemplar y besar a Marcelle.

—¿Quién es el Cardenal? —preguntó Simone.

—El que me puso en el armario —dijo Marcelle.

—¿Por qué el Cardenal? —exclamé.

Ella respondió casi al instante:

—Porque es el cura de la guillotina.

Recordé el miedo que ella había tenido cuando abrí el armario; yo llevaba en la cabeza un gorro frigio, prenda para cotillón de un rojo chillón. Además, estaba manchado de la sangre de los cortes de una muchacha con quien había follado.

De este modo, el «Cardenal, el cura de la guillotina» se confundía en el temor de Marcelle con el verdugo mancillado de sangre, cubierto con el gorro frigio; una extraña coincidencia de piedad y horror a los curas explicaba aquella confusión que, para mí, permanece relacionada tanto a mi innegable dureza como a la angustia que me inspira continuamente la necesidad de mis actos.